

ROBERTO  
ARLT

COLECCIÓN  
depar  
enpar

# La luna roja



LEOPOLDO  
LUGONES

# La lluvia de fuego





**ROBERTO  
ARLT**

**La  
luna  
roja**



**LEOPOLDO  
LUGONES**

**La lluvia  
de fuego**



**ROBERTO  
ARLT**

COLECCIÓN  
**depar  
enpar**

# La luna roja



**LEOPOLDO  
LUGONES**

# La lluvia de fuego



EDICIONES  
BIBLIOTECA  
NACIONAL

Arlt, Roberto

La luna roja. La lluvia de fuego / Roberto Arlt ; Leopoldo Lugones ; prólogo de Horacio González. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2021.

60 p. ; 17 x 11 cm. - (De Par en Par ; 1)

ISBN 978-987-728-127-9

1. Literatura Argentina. I. Lugones, Leopoldo II. González, Horacio, prolog. III. Título. CDD A860

## **BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO**

**Director:** Juan Sasturain

**Subdirectora:** Elsa Rapetti

**Director Nacional de Coordinación Técnica Bibliotecológica:** Pablo García

**Director Nacional de Coordinación Cultural:** Guillermo David

**Director General de Coordinación Administrativa:** Roberto Gastón Arno

**Directora del Museo del libro y de la lengua:** María Moreno

## **COLECCIÓN DE PAR EN PAR**

**Coordinación de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales:** Martín Blanco

**Edición y diseño editorial:** Área de Publicaciones

© 2021, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

ISBN: 978-987-782-127-9

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

# ÍNDICE

<b>La luna roja</b> Roberto Arlt	9
<b>La lluvia de fuego</b> Leopoldo Lugones	23
<b>Dos versiones del fin del mundo</b> por Horacio González	43





# LA LUNA ROJA

Roberto Arlt

(1932)

Nada lo anunciaba por la tarde.

Las actividades comerciales se desarrollaron normalmente en la ciudad. Olas humanas hormigueaban en los pórticos encristalados de los vastos establecimientos comerciales, o se detenían frente a las vidrieras que ocupaban todo el largo de las calles oscuras, salpicadas de olores a telas engomadas, flores o vituallas.

Los cajeros, tras de sus garitas encristaladas, y los jefes de personal rígidos en los vértices alfombrados de los salones de venta, vigilaban con ojo cauteloso la conducta de sus inferiores. Se firmaron contratos y se cancelaron empréstitos.

En distintos parajes de la ciudad, a horas diferentes, numerosas parejas de jóvenes y muchachas se juraron amor eterno, olvidando que sus cuerpos eran perecederos; algunos vehículos inutilizaron a

descuidados paseantes, y el cielo, más allá de las altas cruces metálicas pintadas de verde, que soportaban los cables de alta tensión, se teñía de un gris ceniciento, como siempre ocurre cuando el aire está cargado de vapores acuosos.

Nada lo anunciaba.

Por la noche fueron iluminados los rascacielos.

La majestuosidad de sus fachadas fosforescentes, recortadas a tres dimensiones sobre el fondo de tinieblas, intimidó a los hombres sencillos. Muchos se formaban una idea desmesurada respecto a los posibles tesoros blindados por muros de acero y cemento. Fornidos vigilantes, de acuerdo a la consigna recibida, al pasar frente a estos edificios, observaban cuidadosamente los zócalos de puertas y ventanas, no hubiera allí abandonada una máquina infernal. En otros puntos se divisaban las siluetas sombrías de la policía montada, teniendo del cabestro a sus caballos y armados de carabinas enfundadas y pistolas para disparar gases lacrimógenos.

Los hombres timoratos pensaban: “¡Qué bien estamos defendidos!”, y miraban con agradecimiento las enfundadas armas mortíferas; en cambio, los turistas que paseaban hacían detener a sus choferes, y con la punta de sus bastones señalaban a sus acompañantes los luminosos nombres de remotas empresas. Estos

centelleaban en interminables fachadas escalonadas y algunos se regocijaban y enorgullecían al pensar en el poderío de la patria lejana, cuya expansión económica representaban dichas filiales, cuyo nombre era menester deletrear en la proximidad de las nubes. Tan altos estaban. Desde las terrazas elevadas, al punto que desde allí parecía que se podían tocar las estrellas con la mano, el viento desprendía franjas de músicas, *blues* oblicuamente recortados por la dirección de la racha de aire. Focos de porcelana iluminaban jardines aéreos. Confundidos entre el follaje de costosas vegetaciones, controlados por la respetuosa y vigilante mirada de los camareros, danzaban los desocupados elegantes de la ciudad, hombres y mujeres jóvenes, elásticos por la práctica de los deportes e indiferentes por el conocimiento de los placeres. Algunos parecían carniceros enfundados en un *smoking*, sonreían insolentemente, y todos, cuando hablaban de los de abajo, parecían burlarse de algo que con un golpe de sus puños podían destruir.

Los ancianos, arrellanados en sillones de paja japonesa, miraban el azulado humo de sus vegueros o deslizaban entre los labios un esguince astuto, al tiempo que sus miradas duras y autoritarias reflejaban una implacable seguridad y solidaridad. Aun entre el rumor de la fiesta no se podía menos de imaginárseles

presidiendo la mesa redonda de un directorio, para otorgar un empréstito leonino a un estado de cafres y mulatillos, bajo cuyos árboles correrían linfas de petróleo.

Desde alturas inferiores, en calles más turbias y profundas que canales, circulaban los techos de automóviles y tranvías, y en los parajes excesivamente iluminados, una microscópica multitud husmeaba el placer barato, entrando y saliendo por los portalones de los *dancings* económicos, que como la boca de altos hornos vomitaban atmósferas incandescentes.

Hacia arriba, en oblicuas direcciones, la estructura de los rascacielos despegaba sobre cielos verdosos o amarillentos, relieves de cubos, sobrepuestos de mayor a menor. Estas pirámides de cemento desaparecían al apagarse el resplandor de invisibles letreros luminosos; luego aparecían nuevamente como *super-dreadnoughts*, poniendo una perpendicular y tumultuosa amenaza de combate marítimo al encenderse lívidamente entre las tinieblas. Fue entonces cuando ocurrió el suceso extraño.

El primer violín de la orquesta Jardín Aéreo Imperius iba a colocar en su atril la partitura del “Danubio Azul”, cuando un camarero le alcanzó un sobre. El músico, rápidamente, lo rasgó y leyó la esquila; entonces, mirando por sobre los lentes a sus camaradas,

depositó el instrumento sobre el piano, le alcanzó la carta al clarinetista, y como si tuviera mucha prisa, descendió por la escalerilla que permitía subir al paramento, buscó con la mirada la salida del jardín y desapareció por la escalera de servicio, después de tratar de poner inútilmente en marcha el ascensor.

Las manos de varios bailarines y sus acompañantes se paralizaron en los vasos que llevaban a los labios para beber, al observar la insólita e irrespetuosa conducta de este hombre. Mas, antes de que los concurrentes se sobrepusieran de su sorpresa, el ejemplo fue seguido por sus compañeros, pues se les vio uno a uno abandonar el palco, muy serios y ligeramente pálidos.

Es necesario observar que a pesar de la prisa con que ejecutaban estos actos, los actuantes revelaron cierta meticulosidad. El que más se destacó fue el violoncelista que encerró su instrumento en la caja. Producían la impresión de querer significar que declinaban una responsabilidad y se “lavaban las manos”. Tal dijo después un testigo.

Y si hubieran sido ellos solos.

Los siguieron los camareros. El público, mudo de asombro, sin atreverse a pronunciar palabra (los camareros de estos parajes eran sumamente robustos) les vio quitarse los fracs de servicio y arrojarlos despectivamente sobre las mesas. El capataz de servicio

dudaba, mas al observar que el cajero, sin cuidarse de cerrar la caja, abandonaba su alto asiento, sumamente inquieto se incorporó a los fugitivos.

Algunos quisieron utilizar el ascensor. No funcionaba.

Súbitamente se apagaron los focos. En las tinieblas, junto a las mesas de mármol, los hombres y mujeres que hasta hacía unos instantes se debatían entre las argucias de sus pensamientos y el deleite de sus sentidos, comprendieron que no debían esperar. Ocurría algo que rebalsaba la capacidad expresiva de las palabras, y entonces, con cierto orden medroso, tratando de aminorar la confusión de la fuga, comenzaron a descender silenciosamente por las escaleras de mármol.

El edificio de cemento se llenó de zumbidos. No de voces humanas, que nadie se atrevía a hablar, sino de roces, tableteos, suspiros. De vez en cuando, alguien encendía un fósforo, y por el caracol de las escaleras, en distintas alturas del muro, se movían las siluetas de espaldas encorvadas y enormes cabezas caídas, mientras que en los ángulos de pared las sombras se descomponían en saltantes triángulos irregulares.

No se registró ningún accidente.

A veces, un anciano fatigado o una bailarina amedrentada se dejaba caer en el borde de un escalón y

permanecía allí sentada, con la cabeza abandonada entre las manos, sin que nadie la pisoteara. La multitud, como si adivinara su presencia encogida en la pestaña de mármol, describía una curva junto a la sombra inmóvil.

El vigilante del edificio, durante dos segundos, encendió su linterna eléctrica, y la rueda de luz blanca permitió ver que hombres y mujeres, tomados indistintamente de los brazos, descendían cuidadosamente. El que iba junto al muro llevaba la mano apoyada en el pasamanos.

Al llegar a la calle, los primeros fugitivos aspiraron afanosamente largas bocanadas de aire fresco. No era visible una sola lámpara encendida en ninguna dirección.

Alguien raspó una cerilla en una cortina metálica y entonces descubrieron, en los umbrales de ciertas casas antiguas, criaturas sentadas pensativamente. Estas, con una seriedad impropia de su edad, levantaban los ojos hacia los mayores que los iluminaban, pero no preguntaron nada.

De las puertas de los otros rascacielos también se desprendía una multitud silenciosa.

Una señora de edad quiso atravesar la calle y tropezó con un automóvil abandonado; más allá, algunos ebrios, aterrorizados, se refugiaron en un

coche de tranvía cuyos conductores habían huido, y entonces muchos, transitoriamente desalentados, se dejaron caer en los cordones de granito que delimitaban la calzada.

Las criaturas inmóviles, con los pies recogidos junto al zócalo de los umbrales, escuchaban en silencio las rápidas pisadas de las sombras que pasaban en tropel.

En pocos minutos los habitantes de la ciudad estuvieron en la calle. De un punto a otro en la distancia, los focos fosforescentes de linternas eléctricas se movían con irregularidad de luciérnagas. Un curioso resuelto intentó iluminar la calle con una lámpara de petróleo, y tras de la pantalla de vidrio sonrosado se apagó tres veces la llama.

Sin zumbidos, soplaba un viento frío y cargado de tensiones voltaicas.

La multitud espesaba a medida que transcurría el tiempo.

Las sombras de baja estatura, numerosísimas, avanzaban en el interior de otras sombras menos densas y altísimas de la noche, con cierto automatismo que hacía comprender que muchos acababan de dejar los lechos y conservaban aún la incoherencia motora de los semidormidos.

Otros, en cambio, se inquietaban por la suerte de su existencia, y calladamente marchaban al encuentro



del destino, que adivinaban erguido como un terrible centinela, tras de aquella cortina de humo y de silencio.

De fachada a fachada, el ancho de todas las calles trazadas de este a oeste se ocupaba de multitud. Esta, en la oscuridad, ponía una capa más densa y oscura que avanzaba lentamente, semejante a un monstruo cuyas partículas están ligadas por el jadeo de su propia respiración.

De pronto un hombre sintió que le tiraban de una manga insistentemente. Balbuceó preguntas al que así le asía, mas como no le contestaban, encendió un fósforo y descubrió el achatado y velludo rostro de un mono grande que con ojos medrosos parecía interrogarlo acerca de lo que sucedía. El desconocido, de un empujón, apartó la bestia de sí, y muchos que estaban próximos a él repararon que los animales estaban en libertad.

Otro identificó varios tigres confundidos en la multitud por las rayas amarillas que a veces fosforecían entre las piernas de los fugitivos, pero las bestias estaban tan extraordinariamente inquietas que, al querer aplastar el vientre contra el suelo, para denotar sumisión, obstaculizaban la marcha, y fue menester expulsarlas a puntapiés. Las fieras echaron a correr y como si se hubiera pasado una consigna, ocuparon la vanguardia de la multitud.

Adelantábanse con la cola entre las zarpas y las orejas pegadas a la piel del cráneo. En su elástico avance volvían la cabeza sobre el cuello y se distinguían sus enormes ojos fosforescentes, como bolas de cristal amarillo. A pesar de que los tigres caminaban lentamente, los perros, para mantenerse a la par de ellos, tenían que mover apresuradamente las patas.

Súbitamente, sobre el tanque de cemento de un rascacielos apareció la luna roja. Parecía un ojo de sangre despegándose de la línea recta y su magnitud aumentaba rápidamente. La ciudad, también enrojecida, creció despacio desde el fondo de las tinieblas, hasta fijar la balastrada de sus terrazas en la misma altura que ocupaba la comba descendente del cielo.

Los planos perpendiculares de las fachadas reticulaban de callejones escarlatas el cielo de brea. En las murallas escalonadas, la atmósfera enrojecida se asentaba como una neblina de sangre. Parecía que debía verse aparecer sobre la terraza más alta un terrible dios de hierro con el vientre troquelado de llamas y las mejillas abultadas de gula carnívoras.

No se percibía ningún sonido, como si por efectos de la luz bermeja la gente se hubiera vuelto sorda.

Las sombras caían inmensas, pesadas, cortadas tangencialmente por guillotinas monstruosas, sobre los seres humanos en marcha, tan numerosos que

hombro con hombro y pecho con pecho colmaban las calles de principio a fin.

Los hierros y las cornisas proyectaban a distinta altura rayas negras paralelas a la profundidad de la atmósfera bermeja. Los altos vitriales refulgían como láminas de hielo tras de las que se desemparva un incendio.

A la claridad terrible y silenciosa, era difícil discernir los rostros femeninos de los masculinos. Todos aparecían igualados y ensombrecidos por la angustia del esfuerzo que realizaban, con los maxilares apretados y los párpados entrecerrados. Muchos se humedecían los labios con la lengua, pues los afiebraba la sed. Otros, con gestos de sonámbulos, pegaban la boca al frío cilindro de los buzones o al rectangular respiradero de los transformadores de las canalizaciones eléctricas, y el sudor corría en gotas gruesas por todas las frentes.

De la luna, fijada en un cielo más negro que la brea, se desprendía una sangrienta y pastosa emanación de matadero.

La multitud en realidad no caminaba, sino que avanzaba por reflujos, arrastrando los pies, soportándose los unos en los otros, muchos adormecidos e hipnotizados por la luz roja que, cabrilleando de hombro en hombro, hacía más profundos y sorprendentes los tenebrosos cuévanos de los ojos y roídos perfiles.

En las calles laterales los niños permanecían quietos en sus umbrales.

Del tumulto de las bestias, engrosado por los caballos, se había desprendido el elefante, que con trote suave corría hacia la playa, escoltado por dos potros. Estos, con las crines al viento y los belfos vueltos hacia las apantalladas orejas del paquidermo, parecían cuchichearle un secreto.

En cambio, los hipopótamos, a la cabeza de la vanguardia, buceaban fatigosamente en el aire, recogiénolo con los golpes en vacío de sus hocicos acorazados. Un tigre, restregando el flanco contra los muros, avanzaba de mala gana.

El silencio de la multitud llegó a hacerse insopor-  
table. Un hombre trepó a un balcón y poniéndose las manos ante la boca a modo de altoparlante, aulló congestionado:

—Amigos, ¡qué pasa, amigos! Yo no sé hablar, es cierto, no sé hablar, pero pongámonos de acuerdo.

Desfilaban sin mirarle, y entonces el hombre, secándose el sudor de la frente con el velludo dorso del brazo, se confundió en la muchedumbre.

Inconscientemente todos se llevaron un dedo a los labios, una mano a la oreja. No podían ya quedar dudas.

En una distancia empalizada de fuego y tinieblas, más movediza que un océano de petróleo encendido,

giró lentamente sobre su eje la metálica estructura de una grúa. Oblicuamente, un inmenso cañón negro colocó su cónico perfil entre cielo y tierra, escupió fuego retrocediendo sobre su cureña, y un silbido largo cruzó la atmósfera con un cilindro de acero.

Bajo la luna roja, bloqueada de rascacielos bermejos, la multitud estalló en un grito de espanto:

—¡No queremos la guerra! ¡No..., no..., no!...

Comprendían esta vez que el incendio había estallado sobre todo el planeta, y que nadie se salvaría.



**LA LLUVIA DE FUEGO**  
**EVOCACIÓN DE UN DESCARNADO**  
**DE GOMORRA**

Leopoldo Lugones

(1906)

*Y tornaré el cielo de hierro  
y la tierra de cobre.*

Levítico, XXVI - 19

Recuerdo que era un día de sol hermoso, lleno del hormigueo popular, en las calles atronadas de vehículos. Un día asaz cálido y de tersura perfecta.

Desde mi terraza dominaba una vasta confusión de techos, vergeles salteados, un trozo de bahía punzado de mástiles, la recta gris de una avenida...

A eso de las once cayeron las primeras chispas. Una aquí, otra allá —partículas de cobre semejantes a las morcellas de un pábilo; partículas de cobre incandescente que daban en el suelo con un ruidecito

de arena—. El cielo seguía de igual limpidez; el rumor urbano no decrecía. Únicamente los pájaros de mi pajarera cesaron de cantar.

Casualmente lo había advertido, mirando hacia el horizonte en un momento de abstracción. Primero creí en una ilusión óptica formada por mi miopía. Tuve que esperar largo rato para ver caer otra chispa, pues la luz solar anegábalas bastante; pero el cobre ardía de tal modo, que se destacaban lo mismo. Una rapidísima vírgula de fuego, y el golpecito en la tierra. Así, a largos intervalos.

Debo confesar que, al comprobarlo, experimenté un vago terror. Exploré el cielo en una ansiosa ojeada. Persistía la limpidez. ¿De dónde venía aquel extraño granizo? ¿Aquel cobre? ¿Era cobre?...

Acababa de caer una chispa en mi terraza, a pocos pasos. Extendí la mano; era, a no haber duda, un gránulo de cobre que tardó mucho en enfriarse. Por fortuna la brisa se levantaba, inclinando aquella lluvia singular hacia el lado opuesto de mi terraza. Las chispas eran hartamente raras, además. Podía creerse por momentos que aquello había ya cesado. No cesaba. Uno que otro, eso sí, pero caían siempre los temibles gránulos.

En fin, aquello no había de impedirme almorzar, pues era el mediodía. Bajé al comedor atravesando el



jardín, no sin cierto miedo de las chispas. Verdad es que el toldo, corrido para evitar el sol, me resguardaba...

¿Me resguardaba? Alcé los ojos; pero un toldo tiene tantos poros, que nada pude descubrir.

En el comedor me esperaba un almuerzo admirable; pues mi afortunado celibato sabía dos cosas sobre todo: leer y comer. Excepto la biblioteca, el comedor era mi orgullo. Ahíto de mujeres y un poco gotoso, en punto a vicios amables nada podía esperar ya sino de la gula. Comía solo, mientras un esclavo me leía narraciones geográficas. Nunca había podido comprender las comidas en compañía; y si las mujeres me hastiaban, como he dicho, ya comprenderéis que aborrecía a los hombres.

¡Diez años me separaban de mi última orgía! Desde entonces, entregado a mis jardines, a mis peces, a mis pájaros, faltábame tiempo para salir. Alguna vez, en las tardes muy calurosas, un paseo a la orilla del lago. Me gustaba verlo, escamado de luna al anochecer, pero esto era todo y pasaba meses sin frecuentarlo.

La vasta ciudad libertina era para mí un desierto donde se refugiaban mis placeres.

Escasos amigos; breves visitas; largas horas de mesa; lecturas; mis peces; mis pájaros; una que otra noche tal cual orquesta de flautistas, y dos o tres ataques de gota por año...

Tenía el honor de ser consultado para los banquetes, y por ahí figuraban, no sin elogio, dos o tres salsas de mi invención. Esto me daba derecho —lo digo sin orgullo— a un busto municipal, con tanta razón como a la compatriota que acababa de inventar un nuevo beso.

Entre tanto, mi esclavo leía. Leía narraciones de mar y de nieve, que comentaban admirablemente, en la ya entrada siesta, el generoso frescor de las ánforas. La lluvia de fuego había cesado quizá, pues la servidumbre no daba muestras de notarla.

De pronto, el esclavo, que atravesaba el jardín con un nuevo plato, no pudo reprimir un grito. Llegó, no obstante, a la mesa, pero acusando con su lividez un dolor horrible. Tenía en su desnuda espalda un agujerillo, en cuyo fondo sentíase chirriar aún la chispa voraz que lo había abierto. Ahogámosla en aceite, y fue enviado al lecho sin que pudiera contener sus ayes.

Bruscamente acabó mi apetito; y aunque seguí probando los platos para no desmoralizar a la servidumbre, aquélla se apresuró a comprenderme. El incidente me había desconcertado.

Promediaba la siesta cuando subí nuevamente a la terraza. El suelo estaba ya sembrado de gránulos de cobre; mas no parecía que la lluvia aumentara. Comenzaba a tranquilizarme, cuando una nueva

inquietud me sobrecogió. El silencio era absoluto. El tráfico estaba paralizado a causa del fenómeno, sin duda. Ni un rumor en la ciudad. Sólo, de cuando en cuando, un vago murmullo de viento sobre los árboles. Era también alarmante la actitud de los pájaros. Habíanse apelotonado en un rincón, casi unos sobre otros. Me dieron compasión y decidí abrirles la puerta. No quisieron salir; antes se recogieron más acongojados aún. Entonces comenzó a intimidarme la idea de un cataclismo.

Sin ser grande mi erudición científica, sabía que nadie mencionó jamás esas lluvias de cobre incandescente. ¡Lluvias de cobre! En el aire no hay minas de cobre. Luego aquella limpidez del cielo no dejaba conjeturar la procedencia. Y lo alarmante del fenómeno era esto. Las chispas venían de todas partes y de ninguna. Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fuego. Caía del firmamento el terrible cobre —pero el firmamento permanecía impasible en su azul—. Ganábame poco a poco una extraña congoja; pero, cosa rara: hasta entonces no había pensado en huir. Esta idea se mezcló con desagradables interrogaciones. ¡Huir! ¿Y mi mesa, mis libros, mis pájaros, mis peces que acababan precisamente de estrenar un vivero, mis jardines ya ennoblecidos de antigüedad, mis cincuenta años de

placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana?...

¿Huir?... Y pensé con horror en mis posesiones (que no conocía) del otro lado del desierto, con sus camelleros viviendo en tiendas de lana negra y tomando por todo alimento leche cuajada, trigo tostado, miel agria...

Quedaba una fuga por el lago, corta fuga después de todo, si en el lago como en el desierto, según era lógico, llovía cobre también; pues no viniendo aquello de ningún foco visible, debía ser general.

No obstante el vago terror que me alarmaba, decíame todo eso claramente, lo discutía conmigo mismo, un poco enervado a la verdad por el letargo digestivo de mi siesta consuetudinaria. Y después de todo, algo me decía que el fenómeno no iba a pasar de allí.

Sin embargo, nada se perdía con hacer armar el carro.

En ese momento llenó el aire una vasta vibración de campanas. Y casi junto con ella, advertí una cosa: ya no llovía cobre. El repique era una acción de gracia, coreada casi acto continuo por el murmullo habitual de la ciudad. Esta despertaba de su fugaz atonía, doblemente gárrula. En algunos barrios hasta quemaban petardos.

Acodado al parapeto de la terraza, miraba con un desconocido bienestar solidario la animación vespertina que era todo amor y lujo. El cielo seguía purísimo. Muchachos afanosos recogían en escudillas la granalla de cobre, que los caldereros habían empezado a comprar. Era todo cuanto quedaba de la grande amenaza celeste.

Más numerosa que nunca, la gente de placer coloría las calles; y aún recuerdo que sonreí vagamente a un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas. Las cortesanas, con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante coselete, paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón, erguido en su carro, manejaba como si fuese una vela o una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras: ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella cubierta por la delirante pedrería de un pavo real. Bello cartel, a fe mía; y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida.

Seguido por tres jóvenes enmascarados, pasó un negro amabilísimo, que dibujaba en los patios, con polvos de colores derramados al ritmo de una danza,

escenas secretas. También depilaba al oropimente y sabía dorar las uñas.

Un personaje fofo, cuya condición de eunuco se adivinaba en su morbidez, pregonaba al son de crótalos de bronce, cobertores de un tejido singular que producía el insomnio y el deseo. Cobertores cuya abolición habían pedido los ciudadanos honrados. Pues mi ciudad sabía gozar, sabía vivir. Al anoecer recibí dos visitas que cenaron conmigo. Un discípulo jovial, matemático cuya vida desarreglada era el escándalo de la ciencia, y un agricultor enriquecido. La gente sentía necesidad de visitarse después de aquellas chispas de cobre. De visitarse y de beber, pues ambos se retiraron completamente borrachos. Yo hice una rápida salida. La ciudad, caprichosamente iluminada, había aprovechado la coyuntura para decretarse una noche de fiesta. En algunas cornisas, alumbraban, perfumando, lámparas de incienso. Desde sus balcones, las jóvenes burguesas, excesivamente ataviadas, se divertían en proyectar de un soplo a las narices de los transeúntes distraídos, tripas pintarrajeadas y crepitantes de cascabeles. En cada esquina se bailaba. De balcón a balcón cambiábanse flores y gatitos de dulce. El césped de los parques palpitaba de parejas.

Regresé temprano y rendido. Nunca me acogí al lecho con más grata pesadez de sueño.

Desperté bañado en sudor, los ojos turbios, la garganta reseca. Había afuera un rumor de lluvia. Buscando algo, me apoyé en la pared, y por mi cuerpo corrió como un latigazo el escalofrío del miedo. La pared estaba caliente y conmovida por una sorda vibración. Casi no necesité abrir la ventana para darme cuenta de lo que ocurría.

La lluvia de cobre había vuelto, pero esta vez nutrida y compacta. Un caliginoso vaho sofocaba la ciudad; un olor entre fosfatado y urinoso apestaba el aire. Por fortuna, mi casa estaba rodeada de galerías y aquella lluvia no alcanzaba las puertas.

Abrí la que daba al jardín. Los árboles estaban negros, ya sin follaje; el piso, cubierto de hojas carbonizadas. El aire, rayado de vírgulas de fuego, era de una paralización mortal; y por entre aquéllas se divisaba el firmamento, siempre impasible, siempre celeste.

Llamé, llamé en vano. Penetré hasta los aposentos famularios. La servidumbre se había ido. Envueltas las piernas en un cobertor de viso, acorazándome espaldas y cabeza con una bañera de metal que me aplastaba horriblemente, pude llegar hasta las cabañerizas. Los caballos habían desaparecido también. Y con una tranquilidad que hacía honor a mis nervios, me di cuenta de que estaba perdido.

Afortunadamente, el comedor se encontraba lleno de provisiones; su sótano, atestado de vinos. Bajé a él. Conservaba todavía su frescura; hasta su fondo no llegaba la vibración de la pesada lluvia, el eco de su grave crepitación. Bebí una botella y luego extraje de la alacena secreta el pomo de vino envenenado. Todos los que teníamos bodega poseíamos uno, aunque no lo usáramos ni tuviéramos convidados cargosos. Era un licor claro e insípido, de efectos instantáneos.

Reanimado por el vino, examiné mi situación. Era asaz sencilla. No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno aquél, la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, a no dudarlo, un espectáculo singular. ¡Una lluvia de cobre incandescente! ¡La ciudad en llamas! Valía la pena.

Subí a la terraza, pero no pude pasar de la puerta que daba acceso a ella. Veía desde allá lo bastante, sin embargo. Veía y escuchaba. La soledad era absoluta. La crepitación no se interrumpía sino por uno que otro ululato de perro o explosión anormal. El ambiente estaba rojo; y a su través, troncos, chimeneas, casas, blanqueaban con una lividez tristísima. Los pocos árboles que conservaban follaje retorciéndose, negros, de un negro de estaño. La luz había decrecido un poco, no obstante de persistir la limpidez celeste. El



horizonte estaba, esto sí, mucho más cerca, y como ahogado en ceniza. Sobre el lago flotaba un denso vapor, que algo corregía la extraordinaria sequedad del aire.

Percibíase claramente la combustible lluvia, en trazos de cobre que vibraban como el cordaje innumerable de un arpa, y de cuando en cuando mezclábanse con ella ligeras flámulas. Humaredas negras anunciaban incendios aquí y allá.

Mis pájaros comenzaban a morir de sed y hube de bajar hasta el aljibe para llevarles agua. El sótano comunicaba con aquel depósito, vasta cisterna que podía resistir mucho al fuego celeste; mas por los conductos que del techo y de los patios desembocaban allá, habíase deslizado algún cobre y el agua tenía un gusto particular, entre natrón y orina, con tendencia a salarse. Bastóme levantar las trampillas de mosaico que cerraban aquellas vías, para cortar a mi agua toda comunicación con el exterior.

Esa tarde y toda la noche fue horrendo el espectáculo de la ciudad. Quemada en sus domicilios, la gente huía despavorida, para ardersse en las calles en la campiña desolada; y la población agonizó bárbaramente, con ayes y clamores de una amplitud, de un horror, de una variedad estupendos. Nada hay tan sublime como la voz humana. El derrumbe de

los edificios, la combustión de tantas mercancías y efectos diversos, y más que todo, la quemazón de tantos cuerpos, acabaron por agregar al cataclismo el tormento de su hedor infernal. Al declinar el sol, el aire estaba casi negro de humo y de polvaredas. Las flámulas que danzaban por la mañana entre el cobre pluvial, eran ahora llamaradas siniestras.

Empezó a soplar un viento ardentísimo, denso, como alquitrán caliente. Parecía que se estuviese en un inmenso horno sombrío. Cielo, tierra, aire, todo acababa. No había más que tinieblas y fuego. ¡Ah, el horror de aquellas tinieblas que todo el fuego, el enorme fuego de la ciudad ardida no alcanzaba a dominar; y aquella fetidez de pingajos, de azufre, de grasa cadavérica en el aire seco que hacía escupir sangre; y aquellos clamores que no sé cómo no acababan nunca, aquellos clamores que cubrían el rumor del incendio, más vasto que un huracán, aquellos clamores en que aullaban, gemían, bramaban todas las bestias con un inefable pavor de eternidad!...

Bajé a la cisterna, sin haber perdido hasta entonces mi presencia de ánimo, pero enteramente erizado con todo aquel horror, y al verme de pronto en esa obscuridad amiga, al amparo de la frescura, ante el silencio del agua subterránea, me acometió de pronto un miedo que no sentía —estoy seguro—

desde cuarenta años atrás, el miedo infantil de una presencia enemiga y difusa, y me eché a llorar, a llorar como un loco, a llorar de miedo, allá en un rincón, sin rubor alguno.

No fue sino muy tarde, cuando al escuchar el derrumbe de un techo, se me ocurrió apuntalar la puerta del sótano. Hícelo así con su propia escalera y algunos barrotes de la estantería, devolviéndome aquella defensa alguna tranquilidad, no porque hubiera de salvarme, sino por la benéfica influencia de la acción. Cayendo a cada instante en modorras que entrecortaban funestas pesadillas, pasé las horas. Continuamente oía derrumbes allá cerca. Había encendido dos lámparas que traje conmigo, para darme valor, pues la cisterna era asaz lóbrega. Hasta llegué a comer, bien que sin apetito, los restos de un pastel. En cambio, bebí mucha agua.

De repente mis lámparas empezaron a amortiguarse, y junto con eso el terror, el terror paralizante esta vez, me asaltó. Había gastado, sin prevenirlo, toda mi luz, pues no tenía sino aquellas lámparas. No advertí, al descender esa tarde, traerlas todas conmigo.

Las luces decrecieron y se apagaron. Entonces advertí que la cisterna empezaba a llenarse con el hedor del incendio. No quedaba otro remedio que salir; y luego, todo, todo era preferible a morir asfixiado como una alimaña en su cueva.

A duras penas conseguí alzar la tapa del sótano que los escombros del comedor cubrían...

... Por segunda vez había cesado la lluvia infernal. Pero la ciudad ya no existía. Techos, puertas, gran cantidad de muros, todas las torres yacían en ruinas. El silencio era colosal, un verdadero silencio de catástrofe. Cinco o seis grandes humaredas empinaban aún sus penachos; y bajo el cielo que no se había enturbiado ni un momento, un cielo cuya crudeza azul certificaba indiferencias eternas, la pobre ciudad, mi pobre ciudad, muerta, muerta para siempre, hedía como un verdadero cadáver.

La singularidad de la situación, lo enorme del fenómeno, y sin duda también el regocijo de haberme salvado, único entre todos, cohibían mi dolor reemplazándolo por una curiosidad sombría. El arco de mi zaguán había quedado en pie y asíéndome de las adarajas pude llegar hasta su ápice.

No quedaba un solo resto combustible y aquello se parecía mucho a un escorial volcánico. A trechos, en los parajes que la ceniza no cubría, brillaba con un bermejor de fuego, el metal llovido. Hacia el lado del desierto, resplandecía hasta perderse de vista un arenal de cobre. En las montañas, a la otra margen del lago, las aguas evaporadas de este condensábanse en una tormenta. Eran ellas las que habían mantenido respirable el aire durante el cataclismo. El sol brillaba

inmenso, y aquella soledad empezaba a agobiarme con una honda desolación cuando hacia el lado del puerto percibí un bulto que vagaba entre las ruinas. Era un hombre, y habíame percibido ciertamente, pues se dirigía a mí.

No hicimos además alguno de extrañeza cuando llegó y trepando por el arco, vino a sentarse conmigo. Tratábase de un piloto, salvado como yo en una bodega, pero apuñaleando a su propietario. Acababa de agotársele el agua y por ello salía.

Asegurado a este respecto, empecé a interrogarlo. Todos los barcos ardieron, los muelles, los depósitos; y el lago habíase vuelto amargo. Aunque advertí que hablábamos en voz baja, no me atreví —ignoro por qué— a levantar la mía.

Ofrecile mi bodega, donde quedaban aún dos docenas de jamones, algunos quesos, todo el vino...

De repente notamos una polvareda hacia el lado del desierto. La polvareda de una carrera. Alguna partida que enviaban, quizá, en socorro, los compatriotas de Adama o de Seboim.

Pronto hubimos de sustituir esta esperanza por un espectáculo tan desolador como peligroso.

Era un tropel de leones, las fieras sobrevivientes del desierto, que acudían a la ciudad como a un oasis, furiosos de sed, enloquecidos de cataclismo.

La sed y no el hambre los enfurecía, pues pasaron junto a nosotros sin advertirnos. ¡Y en qué estado venían! Nada como ellos revelaba tan lúgubrementemente la catástrofe.

Pelados como gatos sarnosos, reducida a escasos chicharrones la crin, secos los ijares, en una desproporción de cómicos a medio vestir con la fiera cabezota, el rabo agudo y crispado como el de una rata que huye, las garras pustulosas, chorreando sangre —todo aquello decía a las claras sus tres días de horror bajo el azote celeste, al azar de las inseguras cavernas que no habían conseguido ampararlos—.

Rondaban los surtidores secos con un desvarío humano en sus ojos y bruscamente reemprendían su carrera en busca de otro depósito, agotado también, hasta que sentándose por último en torno del postrero, con el calcinado hocico en alto, la mirada vagorosa de desolación y de eternidad, quejándose al cielo, estoy seguro, pusiéronse a rugir.

Ah... nada, ni el cataclismo con sus horrores, ni el clamor de la ciudad moribunda era tan horroroso como ese llanto de fiera sobre las ruinas. Aquellos rugidos tenían una evidencia de palabra. Lloraban quién sabe qué dolores de inconsciencia y de desierto a alguna divinidad oscura. El alma sucinta de la bestia agregaba a sus terrores de muerte el pavor de

lo incomprensible. Si todo estaba lo mismo, el sol cotidiano, el cielo eterno, el desierto familiar, ¿por qué se ardían y por qué no había agua?... Y careciendo de toda idea de relación con los fenómenos, su horror era ciego, es decir, más espantoso. El transporte de su dolor elevábalos a cierta vaga noción de proveniencia, ante aquel cielo de donde había estado cayendo la lluvia infernal; y sus rugidos preguntaban ciertamente algo a la cosa tremenda que causaba su padecer. Ah... esos rugidos, lo único de grandioso que conservaban aún aquellas fieras disminuidas: cual comentaban el horrendo secreto de la catástrofe; cómo interpretaban en su dolor irremediable la eterna soledad, el eterno silencio, la eterna sed...

Aquello no debía durar mucho. El metal candente empezó a llover de nuevo, más compacto, más pesado que nunca.

En nuestro súbito descenso, alcanzamos a ver que las fieras se desbandaban buscando abrigo bajo los escombros.

Llegamos a la bodega, no sin que nos alcanzaran algunas chispas; y comprendiendo que aquel nuevo chaparrón iba a consumir la ruina, me dispuse a concluir.

Mientras mi compañero abusaba de la bodega —por primera y última vez, a buen seguro— decidí

aprovechar el agua de la cisterna en mi baño fúnebre, y después de buscar inútilmente un trozo de jabón, descendí a ella por la escalinata que servía para efectuar su limpieza.

Llevaba conmigo el pomo de veneno, que me causaba un gran bienestar apenas turbado por la curiosidad de la muerte.

El agua fresca y la obscuridad me devolvieron a las voluptuosidades de mi existencia de rico que acababa de concluir. Hundido hasta el cuello, el regocijo de la limpieza y una dulce impresión de domesticidad acabaron de serenarme.

Oía afuera el huracán de fuego. Comenzaban otra vez a caer escombros. De la bodega no llegaba un solo rumor. Percibí en eso un reflejo de llamas que entraban por la puerta del sótano, el característico tufo urinoso... Llevé el pomo a mis labios, y...







## **Dos versiones del fin del mundo**

por Horacio González

La majestuosidad de sus fachadas fosforescentes, recortadas en tres dimensiones sobre el fondo de tinieblas, intimidó a los hombres sencillos. En “La luna roja”, Roberto Arlt describe así los rascacielos centelleantes de una ciudad de los años treinta —no dice cuál—, apelando a observaciones donde brotan la chispa expresionista y el lamento irónico. Detenerse en lo fosforescente de las grandes fachadas sobre el fondo de tinieblas y la gran altura de esos edificios imponiéndose brutalmente sobre los hombres sencillos es uno de los recursos narrativos de la visualidad geométrico-lumínica de Arlt. En las dimensiones físicas, observa todo fenómeno narrable como si fuera un óptico experimentado, cuyo ojo nunca es plano y contiene secuencias de espacios irregulares y recortes alucinados. De un vistazo amargo, ve cómo se superponen las superficies, se entrecortan; algún contraplano se cruza astillando la escena y hace simultánea la mirada de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo. La ciudad es teatral y aplastante.

“La luna roja” es casi treinta años posterior a “La lluvia de fuego” de Leopoldo Lugones. Comparten una misteriosa y reiterada prueba literaria: la de tratar con fuerzas desconocidas e inesperadas, inducidas por una vida de placeres. Esos deleites son vacíos en Arlt y de misteriosos contornos hedónicos en Lugones. Preceden al sacrificio implacable de una vida que parecía plácida. Aquello que los humanos creen que es una felicidad inalterable lleva igualmente al agotamiento de lo viviente. En uno y en otro, de distinta manera, se agotan los placeres: tanto los aristocráticos en Lugones como los de la multitud ingenua de Arlt, que goza con las aglomeraciones urbanas iluminadas por fuegos de artificio.

Lugones llama *fuerzas extrañas* —como luego llamará *cuentos fatales*— a estos relatos en donde reina el misterio y ronda el apocalipsis, jugando con un elemento desconocido que habita el mundo y se expresa como incógnita sobrecogedora. En algún momento se hará presente desde un pasado que parece querer vengarse del modo en que fue olvidado, y desde allí lanza perfumes macabros o hace hablar al animal que no recordamos que fuimos; perfumes que engañan produciendo agrado, pero llevan a la muerte, pues su atractivo consiste en dirigir todo hacia una sorpresiva fatalidad. Arlt, en cambio, toma como alegoría las

fuerzas técnicas de destrucción. Los humos son de profetismo bíblico en Lugones, de profetismo laico en Arlt. En ambos se expresa el mal producido por la mano de los hombres.

En “La lluvia de fuego” la fatalidad bíblica alcanza a toda la humanidad y el relato adquiere la vibración que le da un único hombre, el hombre solitario, aparentemente el único sobreviviente del cobre incandescente que castiga con su lluvia a toda la ciudad, donde los habitantes mueren calcinados en sus domicilios. En “La luna roja” el anuncio apocalíptico comienza por el aviso escrito que recibe un músico de la orquesta que anima un restaurante de lujo, donde nada hacía esperar otra cosa que el goce gastronómico o el aroma seductor de fragancias y de caricias en la suave y acogedora penumbra.

En ninguno de los dos relatos —pero no abusaremos de las comparaciones, el lector de nuestro tiempo las respira espontáneamente— podía preverse la estampida. La paz idílica del aristócrata o del pequeño burgués se siega con un relámpago repentino, recurso inesperado que descubre un misterio o lo manifiesta aunque sin posibilidad de ser descifrado. Son los latidos de Poe que animan la prosa de ambos escritores argentinos, tan diferentes pero con tantos inspirados detalles que los entrecruzan. En “La lluvia

de fuego”, no se anuncia la catástrofe mediante una advertencia escrita, sino que se la percibe —pues es un relato en primera persona— cuando ocurren los hechos. El aristócrata en su palacete en las afueras de la ciudad, al ver extrañas partículas brillantes en su terraza —el cobre incandescente—, presencia lo que luego afectará al primer testimonio del drama; un drama que se desplegará de inmediato con su imparable rutina de amenazas. Uno de los camareros que sirve al dueño del caserón —quien ya no goza de placeres mundanos sino de apetitosas comidas, una bodega con los mejores vinos y lecturas en soledad— entra desde el patio con un plato bien servido, pero con un agujero en la espalda que lo lleva al grito insoportable. Deja el servicio y debe ser cargado hasta su dormitorio, donde permanece en medio de sus aullidos. No es la enigmática carta que recibe un violinista de la orquesta, como en Arlt, sino que el aviso aquí es directo: la centella mortal puede alojarse en cualquier cuerpo y tanto el aristócrata como su servidumbre lo advierten.

Es posible suponer que, tanto en Arlt como en Lugones, el principio del placer, ya sea de las multitudes degradadas en la ciudad de los rascacielos como en la vida solitaria del refinado aristócrata, está en tela de juicio y acechado por un castigo moral que

remite a conocidos versículos bíblicos. En Arlt no se sabe desde el principio cuál es el instrumento con el que se reprueba esa vida displicente y engañosa de la población —salvo el inmenso apagón en la metrópolis insensible y tecnológica—, en cambio, en Lugones son esas astillas candentes que caen del cielo, el cobre que incinera los cuerpos. No obstante, estando el instrumento del horror muy claro —en Arlt el aviso es la letra que no sabemos qué contiene; en Lugones es el fuego sobre un cuerpo humano—, no lo están los motivos por los que cae sobre todo ser vivo.

Estos dos cuentos se cruzan a través de los años en una clase especial de búsqueda: la intersección temática sostenida en estilos bien diferentes. ¿Qué pensar de sus semejanzas? No es posible cultivar a satisfacción el arte comparatista. Si se quiere, todo es comparable y sin sonrojarnos podríamos sostener la unicidad escandalosa del mundo, cuyo único secreto es que sus insólitas diferencias pudieron haber nacido de la misma piedra filosofal o de la misma célula loca escapada como una chispa huérfana del cosmos, en un único latido que nadie logró apagar en milenios y fue diversificándose en extrañas formas que resistían la comparación, aunque tropezaban con ella. Con “La luna roja” y “La lluvia de fuego” es más fácil la aproximación, pues son dos relatos cuyo tema es el

goce de los placeres y la mortal amenaza demiúrgica que pende sobre los gozadores. No se trata de moralismo, sino del regodeo refinado por el contraste más siniestro que podría encontrarse en el interior de lo humano. Se busca la vida plena, pero en la misma descripción de esa búsqueda hay algo desarreglado.

Arlt describe la metrópolis donde ocurren los sucesos con trazos que buscan generar, casi acariciándolo, un pánico anticipado en la lectura; esos rascacielos y esas olas humanas que hormiguan, esos cables de alta tensión que cruzan un cielo de pesados vapores. “Nada lo hacía esperar”, dice Arlt. Pero la primera línea sugiere que algo adverso ocurrirá en un lugar donde ya existen formas mecánicas de vida, tortuosas en sus rutinas. Hay sombras que dejan adivinar policías a caballo con sus armamentos, mientras cubos gigantes de diversas tonalidades sorprenden a las pequeñas criaturas que pasan asombradas. El “nada lo hacía esperar” de Arlt contrasta de inmediato con su visión de un mundo geométrico iluminado por colores intensos e irreales. Esa geometría es asfixiante, expresionista, son formas mecanizadas de la ciudad con colores que parecen invitar a la alegría, pero sugieren peligros indescifrables. Acuerdos comerciales —ricos turistas señalan con el dedo los nombres de las empresas que se destacan con resplandores lumínicos en los altos



edificios, orgullosos de que en una ciudad tan lejana esos signos, para ellos familiares, estén presentes en esa forma abstracta— evidencian el poder que se extiende por el mundo. En otros sitios de la ciudad muchos jóvenes repiten la frase imposible, jurándose amor eterno, mientras la rutina incluye sordamente algún peatón lastimado por los automotores. Es un mundo macizo donde hombres y mujeres se mueven con automatismos animalescos, vestidos de gala y dispuestos a escuchar una orquesta. Arlt le da al relato ese nombre, deliberadamente fantasioso, porque no era posible advertir algo anómalo en ese mundo regulado que aspiraba a ser feliz.

En Lugones no hay multitudes candorosas que se creen dueñas de sus fruiciones, sino un sibarita ajeno a la ciudad. Tiene una mansión con esclavos en las afueras de un desierto innominado, donde pasean displicentes camellos. Ya lo ha experimentado todo y sus nuevos actos de refinamiento los dedica a la gula. Dos salsas de su invención figuran en conocidos restaurantes con su nombre y los elogios correspondientes. De mujeres está “ahíto”, solo puede encontrar alivio estético en la lectura y la conversación con un puñado escasísimo de selectos visitantes. Su lujo tiene un aire oriental; sus pensamientos son embrujos serenos del gourmet, que

extiende la sabiduría sobre lo humano a los platos deliciosos y a su bodega de vinos añejados.

En “La luna roja”, el cataclismo —la guerra técnica, el enorme cañón recortado sobre el cielo rojizo— es un acontecimiento que se acrecienta paso a paso. La extraña misiva que recibe el primer violín de la orquesta contiene la misteriosa información sobre el evento trágico que se avecina. Uno a uno se desgrana la orquesta, luego el público, los ciudadanos, los animales, hasta la larga marcha hacia las afueras. En “La lluvia de fuego”, el desastre cesa para, luego de una pausa, reiniciar el castigo inesperado y cruel. En el intervalo se reanima la ciudad y Lugones dice:

Más numerosa que nunca, la gente de placer coloría las calles; y aún recuerdo que sonreí vagamente a un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas. Las cortesanas, con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante coselete, paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón erguido en su carro manejaba como si fuese una vela, una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras: ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella

cubierta por la delirante pedrería de un pavo real. Bello cartel, a fe mía; y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida.

Lugones escribe con el diccionario a la vista; Arlt, como tantas veces dijo, escuchando el rechinar de las rotativas, aunque su cuento tiene un ritmo calculado, unas cadencias *in crescendo*. En cambio, véase la expresión *piernas glabras*... Significa lampiño, pero Lugones quizá creyó que esa palabra afeaba. Y con una descripción tan minuciosa en su capacidad de asombrar eligió el casi desconocido arcaizante *glabras*. Lo mismo *jaqueladas*, término de los grabadores de piedras preciosas. Emplea además la expresión *lenón*, equivalente a cafisho, alcahuete, rufián. Arlt no hubiera concedido escribir con seriedad la palabra *lenón*, que tiene antigua procedencia y ningún uso actual. La hubiera pensado solo como un artefacto de enraecimiento jocoso y brutal del texto, no como la usa Lugones, que es una forma de afianzar lo escrito, de “jaquelarlo”, como él mismo diría. Para Arlt, lo que vale, para el mismo oficio, es nombrar a su personaje con una perdurable alegoría: Rufián Melancólico. ¿Y ese carro lugoniano que el rufián manejaba “como si

fuese una vela, una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras, ayuntamientos de lagartos con cisnes, un mono y una foca, una doncella cubierta por la delirante pedrería de un pavo real”? El extraño caballero de los tiempos del diluvio universal, pero con lenguaje modernista, que observa a aquellos “animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida”, contempla el anuncio de un circo o quizá de un lenocinio, frente al que Lugones se relame al describir la unión de lagartos con cisnes, una preferencia por todo lo monstruoso que, sin embargo, no pierde su fuerza lírica.

En Arlt hay criaturas huérfanas, aplastadas por el mismo espectáculo imponente de los edificios y los carteles luminosos, que ignoran su destino chato y el peligro latente en las mismas construcciones grotescas que admiran. En Lugones, el caballero epicúreo dueño del noble caserón es un filoso amante de la sensualidad. De sus antiguas rutinas que deja imaginar como orgiásticas, se ha desplazado a la fruición de manjares y lecturas. El modo en que practica la voluptuosidad tiene un sello estetizante, nobiliario. Aunque lo paraliza el miedo, este no afecta su relato lujoso donde resuenan palabras extrañas, que señalan su distinción y a la vez lo

que quiso Lugones: darle a toda la escena un clima de irrealidad amenazante y extraña, una cita con el exotismo suntuoso castigado como en Sodoma y Gomorra. Las ciudades cercanas a esta que el relator menciona se llaman Sedoim y Adama; de ellas no podrá llegar ninguna ayuda. Sin embargo, esos nombres fantásticos remiten indudablemente a la Biblia, lo que convierte “La lluvia de fuego” en una formidable relectura del texto sacro. Sodoma y Gomorra fueron también destruidas por lluvias de fuego, y Sedoim y Adama, en la Biblia, aparecen como las ciudades próximas a estas dos sacrificadas por el dios furibundo, que castigaba los mismos placeres que describe meticulosamente el hombre solitario, ahora refugiado en su bodega, rodeado de sus vinos favoritos.

Como en el texto de Arlt, en el de Lugones aúllan los animales. Frente al arco de la casa ya destruida del noble, cuya sensualidad adivinamos como aquellos pecados bíblicos sobre los que el castigo no se hace esperar —pero Lugones no está de acuerdo con esos castigos, naturalmente—, pasan las bestias sin pelambres, calcinadas por las partículas ardientes de cobre. “Era un tropel de leones, las fieras sobrevivientes del desierto, que acudían a la ciudad como a un oasis, furiosos de sed, enloquecidos de cataclismo”.

La imagen es muy semejante a la de Roberto Arlt cuando se desata el pánico multitudinario por la guerra. “Del tumulto de las bestias, engrosado por los caballos, se había desprendido el elefante, que con trote suave corría hacia la playa, escoltado por dos potros. Estos, con las crines al viento y los belfos vueltos hacia las apantalladas orejas del paquidermo, parecían cuchichearle un secreto”. Exagerando un poco, y con el estilo modernista mezclado con el terror gótico, ciertos párrafos de Arlt, como este último, bien podrían acomodarse en el cuento de Lugones. En uno, las bestias acuden desesperadas a la ciudad; en el otro, quieren salir de ella al igual que los humanos.

En “La luna roja”, los hipopótamos escapan a la vanguardia, bucean fatigosamente en el aire, recogéndolo con los golpes en vacío de sus “hocicos acorazados”. Y agrega Arlt:

El silencio de la multitud llegó a hacerse insoportable. Un hombre trepó a un balcón y poniéndose las manos ante la boca a modo de altoparlante, aulló congestionado:

—Amigos, ¡qué pasa, amigos! Yo no sé hablar, es cierto, no sé hablar, pero pongámonos de acuerdo. Desfilaban sin mirarlo, y entonces el hombre

secándose el sudor de la frente con el velludo dorso del brazo se confundió en la muchedumbre.

Hay un amargo toque humorístico en Arlt: el paquidermo con los caballos que le cuchichean en la oreja, los hipopótamos a la cabeza con sus blindados hocicos. Importa el hombre que quiere hablar y solo atina a decir “amigos, yo no sé hablar, pero pongámonos de acuerdo...”. Lo que este hombre intenta organizar es el fracaso. Nadie lo escucha. Arlt pone en juego aquí elementos equivalentes pero inversos a los de *Los siete locos*. Hay imágenes sacadas del mundo alucinado de las máquinas que escupen fuego y ponen colores fantasiosos en la atmósfera, un tipo de definición pictórica de la catástrofe que produce la gran industria química destinada finalmente a la acción bélica. Pero el Astrólogo habla, lanza largos monólogos postulando una nueva humanidad luego del sacrificio de la cepa humana anterior. En “La luna roja” están todos los elementos arltianos, se desencadenan inductivamente, sin mayor flexibilidad, pero con un oscuro encanto. Nadie pronostica, pontifica, augura o maldice. Las multitudes marchan en silencio a su holocausto. No hay Astrólogo o este se halla ya inmerso en la multitud.

En el relato de Lugones hay solo dos personajes: el del narrador, un hombre maduro perteneciente a

alguna elite de hedónicos voluptuosos y libertinos exóticos, que se lanza en su madurez a seleccionar el manjar en sus comidas y el elixir en los vinos; el segundo personaje es otro salvado provisoriamente de la catástrofe. El encuentro es como un leve recuerdo de *El Eternauta*. Así es la historia cuando aparece en la casa destruida del narrador:

No hicimos además alguno de extrañeza cuando llegó y trepando por el arco, vino a sentarse conmigo. Tratábase de un piloto, salvado como yo en una bodega, pero apuñalando a su propietario. Acababa de agotársele el agua y por ello salía.

Asegurado a este respecto, empecé a interrogarlo. Todos los barcos ardieron, los muelles, los depósitos; y el lago habíase vuelto amargo. Aunque advertí que hablábamos en voz baja, no me atreví —ignoro por qué— a levantar la mía.

Ofrecile mi bodega, donde quedaban aún dos docenas de jamones, algunos quesos, todo el vino...

La lluvia de cobre incandescente no cesaba, había llegado la hora final. Veremos cómo. En “La luna roja” el momento póstumo es así: “En una distante empalizada de fuego y tinieblas, más movediza que un océano de petróleo encendido, giró lentamente



sobre su eje la metálica estructura de una grúa. Oblicuamente, un inmenso cañón negro colocó su cónico perfil entre cielo y tierra, escupió fuego retrocediendo sobre su cureña, y un silbido largo cruzó la atmósfera con un cilindro de acero”. Grúas, perfiles, cilindros, en Arlt hay descripciones que extraen su encantada dureza de un vocabulario tecnológico o mecánico, aunque se cuida de buscarle al color rojo el raro sinónimo de bermejo, de modo que en su cuento no se extrañe tanto del de Lugones. Bajo la luna roja, bloqueada de rascacielos, entonces sí bermejos, “la multitud estalló en un grito de espanto: ‘¡No queremos la guerra! ¡No..., no..., no!’”. Comprendían esta vez que el incendio había estallado sobre todo el planeta, y que nadie se salvaría”. Distintos lenguajes, distintas destrezas narrativas, pero tanto en Lugones como en Arlt, de las amenazas que contaban viejas leyendas o que salían en las noticias de los periódicos, nadie se salvaría.

“La luna roja” es casi treinta años posterior a “La lluvia de fuego”. Comparten una misteriosa y reiterada prueba literaria: la de tratar con fuerzas desconocidas e inesperadas, inducidas por una vida de placeres. Esos deleites son vacíos en Arlt y de misteriosos contornos hedónicos en Lugones. Preceden al sacrificio implacable de una vida que parecía plácida. Aquello que los humanos creen que es una felicidad inalterable lleva igualmente al agotamiento de lo viviente. En uno y en otro, de distinta manera, se agotan los placeres: tanto los aristocráticos en Lugones como los de la multitud ingenua de Arlt, que goza con las aglomeraciones urbanas iluminadas por fuegos de artificio.

